 Tiempo de lectura: 10 min.

Todos los años celebramos a la Sagrada Familia de Nazaret el último domingo del año. Pero a menudo olvidamos que celebramos con pompa los acontecimientos más pobres y delicados de esta Familia. Obligados a dar a luz en una cueva, perseguidos de inmediato, teniendo que emigrar en medio de tantos peligros a un país extranjero para sobrevivir, y esto con un bebé y sin sustancia. Pero todo fue un acontecimiento de gracia, permitido por Dios Padre y anunciado en las Escrituras. Leamos la hermosa historia que el mismo Don Bosco contó a sus muchachos de su tiempo.

La triste noticia. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte hacia Egipto.

El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise. Mt. 2, 13.
Se oyó en lo alto la voz de queja, el lamento y el llanto de Raquel, que lloraba por sus hijos; y acerca de ellos no admite consuelo, porque ya no están. Jer. 31, 15.

La tranquilidad de la sagrada familia [después del nacimiento de Jesús] no debía ser duradera. Tan pronto como José regresó a la casa pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “Levántate, llévate al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte.”

Y esto no era más que demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido tan buena oportunidad, para deshacerse de aquel a quien consideraba competidor al trono, había concebido el infernal designio de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea. Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentaciones. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada; porque ya no están.” Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; ni se permitió reflexión alguna sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que resolverse; sobre las dificultades de tan largo y peligroso viaje. Debió de lamentar al abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos en busca de asilo en un país que no conocía. Sin esperar

siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropas y víveres para llevarlos consigo. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía el cuidado de Jesús y de María.

Desastroso viaje – Una tradición.

Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. Mt. 10, 23.

Dos caminos se presentaban al viajero que deseaba ir a Egipto por tierra. Uno atravesaba desiertos poblados de bestias feroces, y los caminos eran incómodos, largos y poco transitados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos como el más oculto.

Habiendo partido de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar primero por Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando había que atravesar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una roca, exploraba el camino, para cerciorarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvía a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia proseguía su camino, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo y, tras una frugal comida, descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegaba la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se despojaba de su manto y cubría con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras pasar por la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían continuado caminando a pesar de que ya era de noche para ponerse antes a salvo. José casi tocaba el suelo antes que los demás. María, toda temblorosa por esta carrera nocturna, lanzaba sus miradas inquietas a las profundidades de los valles y a las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María, y

rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin armas, de aquel niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Disma. La tradición cuenta que treinta años más tarde fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos bajo el nombre del buen ladrón.

Llegada a Egipto – Prodigios que ocurrieron a su entrada en esta tierra – Pueblo de Matarie – Morada de la Sagrada Familia.

He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y ante su presencia se conmoverán los ídolos de Egipto. Is, 19 1.

Tan pronto como apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: “Lo que has hecho por este niño, algún día te será ampliamente recompensado.” Después de pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A partir de ese momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a raros intervalos por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida escaseaba y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches José, que era viejo y pobre, se vio empujado hacia atrás, cuando trató de acercarse a la fuente, en la que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: “He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto.”

José y María, deseosos de llegar pronto al término de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. José pensaba establecerse allí. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una modesta habitación, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho. Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya vejez llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Penas. – Consolación y fin del destierro.

*Con él estoy en la trib*ulación. Sal 91, 15.

Tan pronto como hubo entrado en esta nueva morada, José reanudó su trabajo ordinario. Comenzó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganar el sustento de su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su esposo. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado él con el sudor de su frente. Y cuando al atardecer volvía agotado y oprimido por el calor, Jesús sonreía a su llegada y lo acariciaba con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que él mismo se imponía, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sentía entonces al poder emplearlos para endulzar la condición del divino niño! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guio sus

primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, moría el tirano que reinaba sobre Israel. Dios, cuyo brazo omnipotente castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que lo llevó rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

El nuevo anuncio. – Regreso a Judea. – Una tradición relatada por s. Buenaventura.

De Egipto llamé a mi hijo. Os 11, 1.

Siete años llevaba José en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo mientras dormía y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel; porque ya no están los que buscaban al niño para darle muerte.” Siempre atento a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerlo. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la sagrada familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su tierra natal. Nada más desembarcar en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido a su padre Herodes en el trono. Esto fue una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, o en Galilea, o en Samaria? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó huir de Arquelao y retirarse a Galilea. José no tuvo entonces más que temer, y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor s. Buenaventura sobre este punto de la historia: “Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarlos un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le

acompañaran más. Entonces algunos de aquellos buenos hombres, compadeciéndose de la pobreza de ellos, llamaron al Niño y le dieron algunos denarios para los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano, recibió el dinero con vergüenza y dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas le llamaron de nuevo e hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias.”

Habiéndose despedido de aquella cordial compañía y renovado sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.